

# ¿Puede Dormir Usted Bajo la Jaula de un Sinsonte?

(Por Félix Curi)

Se ha levantado usted alguna vez a medianoche, desesperado por el insomnio, clamando por una escopeta para matar a un sinsonte, que no lo deja dormir con su canto? Si no quiere sentirse con semejante deseo, cuide de que su vecino no compre jamás un animalito de esa especie o, por lo menos que no cuelgue su jaula en el balcón, si es que lo tiene ya.

Los sinsontes son indudablemente las aves que más nos cautivan con sus trinos. En los campos de Cuba y en nuestra Capital existen en abundancia. Pero en la Habana no son ellos precisamente los que trinan, sino los ciudadanos pacíficos que no pueden dormir por obra y gracia de los vecinos inconscientes que no tienen la precaución de taparles la jaula con un paño al anochecer.

Las autoridades municipales han iniciado en repetidas ocasiones varias campañas contra los ruidos innecesarios sin preocuparse en ningún momento del que producen los sinsontes y los canarios en horas de la madrugada. ¿Por qué? ¿Acaso los ruidos a esas horas no son tan molestos como de día, si no más? La Habana es una ciudad de sinsontes. En las zonas comprendidas entre Reina, Agulla, Monte y Belascoaín; Neptuno, Infanta, Belascoaín y Carlos Tercero, y otras más, existen un sinsonte a cada cinco o seis cuadras de distancia por término medio, que todas las noches lanza su canto paradójicamente bello y encantador, desesperante y odioso, poniéndole los nervios de punta al infeliz mortal que tuvo la desgracia de nacer con un sueño ligero. A veces estos pájaros de la familia de los túrdidos que tanto se complacen en aturdirnos con sus canciones imitativas, cambian impresiones a distancia, iniciando un concierto de flauta y clarinete. Con cinco cuadras de separación por medio las conversaciones parecen imposibles a quienes no lo han comprobado personalmente. En el silencio de la madrugada, cuando la ciudad descansa entregada a un sueño reparador, el canto de un sinsonte puede oírse claramente a más de quinientos metros. De las doce a. m. en adelante, hasta las cinco comienzan a decirse los chismes del día entre sí. Esto no es lo peor. Si los que sostienen el diálogo son de un mismo sexo, los chillidos (sí, ¿por qué no llamarles chillidos?) duran dos o tres horas

hasta que les sobreviene el cansancio. Pero si son de distinto sexo, puede usted dar por seguro que no terminarán hasta que surjan las primeras claridades del alba.

No son siempre los sinsontes quienes más molestan, sino los trovadores que deambulan por las calles de la ciudad a altas horas de la noche con sus guitarras bajo el brazo. Apenas llegan bajo la jaula de un túrdido, quedan maravillados de los sonidos que emite, y empiezan a chiflarles canciones populares para que las repitan. Algunos pájaros han aprendido un trozo de Mamá Inés, María la O, un tango cualquiera o el Himno Nacional, oyéndolo a estos menguados guitarristas.

Cuando la casualidad reúne a varios sinsontes y tres o cuatro guitarristas, la algarabía se hace entonces insoportable. Estos chiflan y aquellos responden como si se entendieran.

Los americanos llaman al sinsonte the mocking bird (el pájaro burlón). En verdad, el nombre de pájaro burlón les cuadra mejor que el que le damos en Cuba. Ya es hora de que cesen de burlarse de los habaneros. A diario se reciben denuncias en las estaciones de policía contra los propietarios que dejan las jaulas en los balcones.

El Bando de Piedad debía tomar carta en este asunto, si no por nosotros, al menos por esos animalitos que tanto daño hacen y RECIBEN injustamente. Un sinsonte en el balcón o el portal de una casa, deslumbrado por los rayos de un farol, no puede dormir. La luz es tan fuerte que se filtra a través de sus párpados hirviendo sus pupilas. Esto le impide conciliar el sueño. El ave es sometida así por ignorancia o desidia a una tortura cruel, no menos horrible que la que sufren por carambola los tranquilos moradores de esta alegre y despreocupada ciudad de San Cristóbal de la Habana.

Es preciso que las autoridades solucionen un problema que tanto redunde en perjuicio de la salud pública, dictando las medidas pertinentes. Los que tienen el sueño ligero, los que padecen de insomnio, los que no tienen el sueño ligero ni padecen de insomnio, claman por que se retire a los sinsontes de los balcones después de la puesta del sol.

La Habana, que es una ciudad perturbada por tantos ruidos innecesarios durante el día, tiene derecho a dormir en paz por la noche. Hasta en los manicomios reina el silencio al obscurecer, y la Habana no es menos que un manicomio.

*Manace 24/37*

1. Este...

2. Este...

3. Este...

4. Este...

5. Este...

6. Este...

7. Este...

8. Este...

9. Este...

10. Este...

11. Este...